

JOSÉ MARÍA RIDAO

El dilema

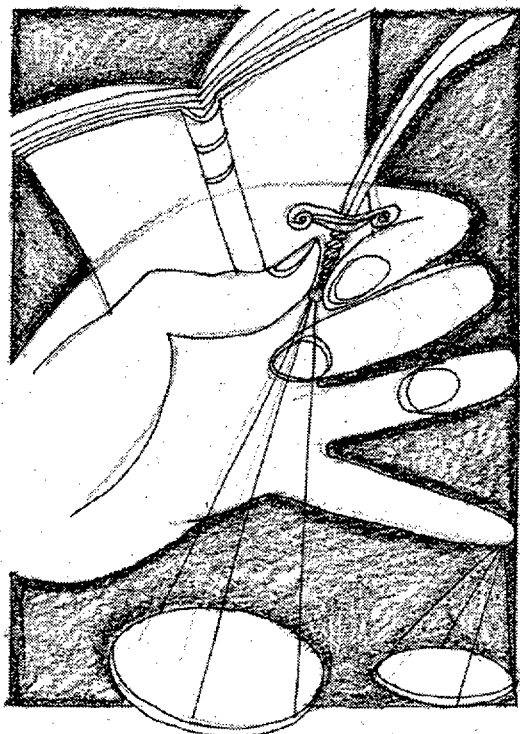
Como era de esperar, tampoco la sentencia sobre el caso Marey ha conseguido poner fin al cruce de acusaciones y contraacusaciones, de sospechas y desmentidos, de crispación en suma, en el que se debate la vida pública del país desde hace algunos años. Quienes condenaban a Rafael Vera y José Barrionuevo antes de que se pronunciasen los tribunales parecen experimentar ahora la alegría de la victoria, como si, en efecto, el ingreso en prisión de dos antiguos altos cargos socialistas tuviera algo de triunfo personal. Quienes, por el contrario, defendían su inocencia antes del juicio siguen defendiéndola hoy y con más insistencia si cabe, puesto que ya no se enfrentan sólo a un simple estado de opinión, sino también a una condena de los tribunales.

Expresiones como "enrocamiento de los socialistas", "solidaridad corporativa" o, incluso, "pérdida del sentido de la realidad" han servido para despachar una persistente proclamación de inocencia que, merezca el crédito que merezca, debería ser respetada mientras sigan existiendo recursos legales para que los condenados intenten hacerla valer. Pero han servido, además, para dificultar que se identifique la razón por la que, pese al carácter concluyente de toda sentencia, siga observándose en esta ocasión tal disparidad de opiniones en torno a los episodios de la "guerra sucia". Porque esa razón existe y es la que, tal vez, pueda explicar que lo mismo entre ciudadanos, partidos y los propios magistrados que han juzgado el caso haya quienes creen ver pruebas y motivos suficientes para condenar, y quienes creen exactamente lo contrario.

La clave de esta disparidad se encuentra, probablemente, en una circunstancia extraprocesal: y es que se manejan tres modos de entender qué fue y cómo se desarrolló la "guerra sucia". El primero es el de quienes consideran que "guerra sucia" y GAL son sinónimos perfectos: nada parecido existió antes de él y, por tanto, el gobierno socialista es el único responsable de lo ocurrido, por acción u omisión. El segundo es el de quienes admiten que la "guerra sucia" se extendió entre 1974 y 1986, considerando, además, que los distintos gobiernos de ese periodo fueron responsables directos o indirectos de lo que pasaba. El tercer y último modo de entender la "guerra sucia" es el de quienes piensan que, en efecto, esta se inició al término del franquismo y se prolongó hasta los primeros años del gobierno de González. A diferencia de los anteriores, sostienen, sin embargo, que era obra de elementos incontrolados con los que el nuevo régimen democrático tuvo que coexistir en sus orígenes.

JOSÉ MARÍA RIDAO, diplomático

Si se leen con atención las diferentes declaraciones tras la sentencia del caso Marey, se verá que, mientras los dirigentes socialistas razonan desde esta última posición, no pocos conservadores —además de algunos medios de comunicación— lo hacen desde la primera. Por eso, unos consideran cuando menos injusta la condena de Vera y Barrionuevo. Por eso los otros exigen que los socialistas, en conjunto, asuman la responsabilidad de los GAL, que es tanto como decir de toda la "guerra sucia" y, por extensión, de unos años que se quieren pintar con tintes sombríos y de decadencia. La izquierda más radical es favo-



JOAN CASAS

rable a la condena no porque crea, como los conservadores, que sólo hubo atentados y secuestros de Estado entre 1983 y 1986. Admite que los hubo también con anteriores, pero le parece particularmente grave que se produjeran bajo un gobierno socialista del que, aseguran, cabría haber esperado otro comportamiento. Es porque era la izquierda la que gobernaba por lo que desean ejemplaridad; lo que hiciera o no hiciera la derecha —afirman— es problema de otros.

Cabe suponer que mientras persisten estas diferencias sobre el modo de entender qué fue y cómo se desarrolló la "guerra sucia", cada una de las sentencias pendientes del caso GAL no servirá más que para volver al clima político de estas semanas, que no es sino un nuevo episodio

del que se vive desde 1993. De alguna manera, tienen razón quienes sostienen que la sentencia por el secuestro de Marey no ha producido ninguna fractura en la sociedad española. La fractura, en efecto, viene de antes y no ha dejado de ahondarse y supurar desde que algunos grupos entendieron que la mejor estrategia política era convertir en indignos a sus adversarios. Se ha llegado así al absurdo de que, en un país sin ningún pasado de tolerancia que pueda servir de referencia colectiva, no pocos líderes y creadores de opinión repudian catorce de los veinte años de gobierno constitucional, dan por amortizados otros cuatro y se quieren respetuosos, en cambio, con las virtudes de la Restauración, la clarividencia de Franco según el embajador Romano o, incluso, el rostro humano de Felipe II.

Cuando, como ahora, se dice compartir más valores con remotos precursores que con los inmediatos antecesores en el poder, es claro que el proyecto político impulsado en 1978 ha empezado a perder parte de su capacidad para configurar y fortalecer el espacio de convivencia que los ciudadanos deseaban. El difícil equilibrio alcanzado para aprobar la Constitución se resiente de día en día y unos empiezan a creer que inauguran la historia, otros que podrían inaugurarla si se atendiese su última declaración conjunta y todos, en fin, que vivimos un periodo no ya de normalidad, sino de auténtico esplendor. La realidad es que llevamos mucho desandado. Desbarbar contra la clase política, contra toda ella, se ha convertido en un intrascendente juego de sociedad, y la política misma de considerar una actividad sospechosa y hasta punible. En estas circunstancias, ¿se puede confiar en que las instituciones —que albergan a los políticos y son el terreno propio de la política— nunca se verán afectadas por un desprestigio similar?

Defender la convivencia exige que no queden impunes los crímenes de Estado, evitar que, por simetría, se pretenda también la impunidad para los actos terroristas. Pero exige que no existan dudas sobre lo que se entiende por "guerra sucia" y por qué se entiende una cosa y no otra. Que no existan dudas sobre el porqué de tanto empeño en perseguir unos concretos delitos cometidos en un periodo no menos concreto. Desde luego, los ciudadanos no merecerían que para defender el Estado de derecho tuvieran que avalar, al mismo tiempo, la actitud sectaria de tantos justicieros espontáneos como han aparecido en estos años. Y ceder también aquí a la tentación de las simetrías, como ya han hecho algunos, arruinaría de una vez por todas lo poco o lo mucho que aún subsiste de la transición. Y ahora, ¿cómo se resolverá este dilema? ●

Otro tipo de terroristas

XAVIER BATALLA

Terrorismo es un término acuñado durante la Revolución Francesa. En el suplemento de 1798 del "Dictionnaire de l'Académie Française" se define el terrorismo como "système, régime de la terreur". Sin embargo, y pese a esta definición de la que los jacobinos se mostraron en principio orgullosos, el primer obstáculo con el que se topa al analizar el terrorismo es la imposibilidad de dar con una definición que precisamente abarque todo.

La complejidad del terrorismo no viene dada sólo por sus métodos, sino porque tampoco es únicamente una técnica de lucha armada. El terrorismo moderno tiene poco en común con las primeras acciones de este tipo que recuerda la historia: el activismo de los sicarios, secta religiosa establecida durante la rebelión de los zelotes en Palestina, en los años 6 y 7 de la era cristiana. El terrorismo moderno puede dividirse en dos grandes apartados: el que surge en las sociedades democráticas, tanto si es contra la misma democracia como si pretende la consecución de unos derechos nacionales, y el que procede del Tercer Mundo, cuyos orígenes cabe situarlos a menudo en la obsesión por devolver la factura al colonialismo.

La guerra fría entre Estados Unidos y la Unión Soviética fue un periodo culminante del terrorismo. Pese a las diversas causas que dieron vida a múltiples tipos de terrorismo, lo que prevaleció en el debate sobre el fenómeno fue el convencimiento occidental de que se trataba de una nueva forma de guerra, promovida por Moscú y perpetrada por grupos heterogéneos, para obtener una victoria en la era del equilibrio del terror atómico.

Este terrorismo de la guerra fría guardó ciertas similitudes con el terrorismo revolucionario ruso de finales de siglo. Cuando, en 1878, Vera Zassoulitch asesina al general Treptof, gobernador de San Petersburgo, la acción desencadena una oleada de atentados en Rusia que culmina en el asesinato del zar Alejandro II. Este terrorismo procede del catecismo revolucionario de Bakunin y tiene en el grupo Narodnaia Volia (Voluntad del Pueblo) su expresión orgánica.

Pero una vez desaparecida la URSS, el terrorismo ha cambiado. Y los atentados contra las embajadas norteamericanas en Nairobi y Dar Es Salam son una prueba. Este terrorismo, según los expertos, sería producto de una evolución similar a la experimentada por los guiones de James Bond, en los que un multimillonario, malvado y lunático, ha sucedido a Moscú como amenaza. Los métodos se parecen, pero lo preocupante es que el terrorismo de antes, que aún queda y es igualmente asesino, decía querer cambiar el mundo; el nuevo terrorismo actúa, de África a Estados Unidos, como si el mundo ya no tuviera remedio. ●

GRUPO GODÓ

Presidente
JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Consejero Delegado: Antoni Cambredó
Director General: Carlos Godó Valls

LA VANGUARDIA

Presidente-Editor:
JAVIER GODÓ, CONDE DE GODÓ
Consejero Delegado: Antoni Cambredó
Director General: Antoni Piqué
Dtor. General de Operaciones: Jaume Francàs
Directora General Comercial: M.ª José Sarto
Director General Financiero: Carlos Gutiérrez
Dtor. Área Económica: Miguel Ángel Burgos
Director de Publicidad: Roldán Martínez
Dtor. de Planif. y Control: Francesc Teixidó
Director de Personal: José Ramón Mauri
Director de Compras: Jaume Vilarrasa
Director de Marketing: Ignacio Segura
Director General Adjunto: Esteban Sillué
Distribución: La Vanguardia Servicios

Un dinosaurio de la política

LLUÍS FOIX

Hay políticos que van adquiriendo forma de dinosaurio a medida que se perpetúan en el poder. Lo hacen con convicción, patean calles, pueblos y ciudades. No pierden ocasión para estar presentes, para salir en periódicos y obtener cortes televisivos. El dinosaurio se resiste a su destino final, que es la extinción, que fatalmente se produce por la apisonadora del paso del tiempo o por falta de descendencia.

Pero mientras dura, mientras mueve sus desproporcionados miembros, sus trompas o sus alas potentes, da golpes sin rumbo aquí y allá. Pierde los matices, no se fija ya en las cosas pequeñas, da tumbos y se refugia en parques jurásicos hasta que un movimiento geológico de grandes dimensiones —unas elecciones en el caso que nos ocupa— lo sepulta en las enciclopedias de animales extintos, que fueron y ya no son.

Me refiero a la súbita aparición de Helmut Kohl, reaparecido en Alemania procedente de su refugio de cura dietética en las montañas austriacas, para anunciar su programa económico y de política ex-

terior en las elecciones que se celebrarán en Alemania dentro de seis semanas. Como buen dinosaurio de la política, Helmut Kohl ha trazado un panorama optimista para la Alemania que va a dar el salto de milenio.

Estamos ante una pieza descomunal, un hombre que ha atravesado por todas las complicaciones de la política en un país fuerte, complejo si los hay, epicentro de la política europea y mundial. Un político que ha sido el principal protagonista en la unificación alemana y en la construcción de la Europa que va a dar un salto de gigante en los próximos años con la unión económica y monetaria.

Nadie es imprescindible. Y en política, menos todavía. La corriente de unidad europea, una vez implantados los billetes con la misma paridad, con tipos de interés parecidos y con decisiones monetarias adoptadas por una única autoridad financiera, será muy difícil ciertamente dar marcha atrás. Si no es Kohl el que ejecuta este cambio tan formidable en Alemania y en Europa, será otro el que lo haga, ya sea de su partido o de la socialdemocracia.

Kohl es un político de raza que se mueve con facilidad en las contra-

riedades de una campaña electoral y las decisiones incómodas y despiadadas que tiene que tomar. Los datos económicos le son un poco más favorables, lo que puede explicar la ligera reducción que se ha producido en los sondeos. Las encuestas indican que la mayoría de alemanes quieren un cambio tras 16 años de coalición democratacristiana-liberal. Kohl tiene su ma-

EL CANCELLER

Kohl no ha renunciado a ganar a pesar de los sondeos y del tiempo que lleva gobernando

yor enemigo en su propia gigantesca figura.

El problema es que los alemanes no saben lo que van a conseguir con un SPD que ha pasado por sucesivos cambios de líderes, de candidatos a la cancillería, un socialismo que no está todavía muy seguro de si seguir una línea más radical, más paleolítica, como puede representar Oskar Lafontaine, que sigue

siendo el líder del partido, o bien se inclinará por la corriente más dubitativa, más "light", más acomodaticia, que representa el candidato Gerhard Schröder, el presidente de Baja Sajonia.

Es pronto y arriesgado hacer vaticinios. Pero la posibilidad de una gran coalición entre el SPD y la CDU/CSU no hay que despreciarla. Fue así como en 1966 Willy Brandt hizo entrar a la izquierda en el gobierno para, tres años más tarde, ganar las elecciones de 1969 en las que los socialdemócratas entraban por su propio pie, con la ayuda de los liberales, en la cancillería de Bonn.

Pero una gran coalición significaría, sin duda, el fin político de Kohl. Y se abriría una nueva etapa en la política alemana con el regreso, posiblemente, de una línea dulcificada del SPD que tendría que continuar la obra europea de Kohl. Una Alemania deshaciendo el tejido de Maastricht sería muy inquietante para los alemanes y, sobre todo, para todos los europeos. No hay que descartar nada. Ni siquiera una victoria de Kohl, que sería la última bocanada de este dinosaurio que se resiste a extinguirse. ●

lfoix@vanguardia.es